de lo que va de los cantos de un grupo a otro, sino en el interior de una misma cultura. Un ejemplo desgarrador es el de los poemas Aché. Los primeros dan cuenta de los mitos fundacionales: el diluvio, el origen de la humanidad, el de la Luna, la vida de los antepasados. Los que le siguen —ya en cautiverio— hablan de «...nosotros que eramos antiguamente Aché vivos...», o más dolorosamente se consideran: «...los demasiado viejos, los ya muertos...». Esta trayectoria de la derrota, patente en los cantos, es como la historia de la violencia depredadora y sanguinaria de los «eternos Blancos», de la avidez «civilizadora» que va apoderándose de las tierras indígenas y contaminando las culturas, minándolas, destruyéndolas.

Hasta aquí eran conocidas las cosmogonías tradicionales de los grupos «prestigiosos» de la América indígena. El mérito principal de este libro es el de mostrarnos la vigencia actual de la producción literia en las diferentes culturas que han sobrevivido a las operaciones del genocidio y del etnocidio de la «civilización». El grado de interferencia en los cantos, permite constatar las diferentes situaciones de contacto. Gracias a ello podemos seguir la frágil curva que reúne la amenaza de una extinción cultural con la firmeza de una palabra sagrada y eterna porque nace de las creencias de la colectividad.—*OLVER GILBERTO DE LEON (Université de Paris IV, Sorbonne).*

LA SEVILLANIA DEL POETA RAFAEL MONTESINOS

Siempre hemos mantenido que Rafael Montesinos es uno de los más representativos poetas españoles de posguerra. Y con Ricardo Molina, Pablo García Baena y Alfonso Canales, forma el gran cuarteto que aporta Andalucia al panorama poético español después de la guerra civil. Y hoy, cuando nos disponemos a comentar su poesía hasta el momento, nos llega la sorprendente noticia de que en su tierra, en Sevilla, existe quien le niega el pan y la sal. Ocurre lo siguiente: ante la loable propuesta del concejal de Cultura del ayuntamiento hispalense, José Luis Ortiz Nuevo —poeta por más señas—, de roturar con su nombre una calle, se alza el insólito exabrupto de desconocerle méritos en un periódico por parte de un escritor paisano, a quien le queda todavía mucho camino por recorrer, para llegar a una cota siquiera cercana a la alcanzada por el poeta que actualmente repre-

senta, mejor que cualquier otro, la poesía sevillana. La envidia y los prejuicios localistas saltan a la cara de una manera tan burda en el artículo —aparecido en *El Correo de Andalucía*—, que por sí sólo se desautoriza. Es lamentable que estas cosas sucedan, que un poeta de la talla y la bondad de Rafael Montesinos, tenga que sufrir, en su propia tierra, la alevosía de los trepadores a ultranza. Pero esto, en realidad, no es más que una afirmación de su importancia, lógicamente.

Rafael Montesinos, que nació en Sevilla el año veinte, vive en Madrid desde 1941. Pero es un fiel del Sur. Un adelantado de su lar nativo, un andaluz legítimo. Y cuanto ha escrito está impregnado de sevillanía. Recordemos que Gerardo Diego, comentando su poesía, nos dice:

> ...es un poeta muy sevillano, y hay en su canto mucho de cante, de encanto indecible y dialectal, de misterio y gracia andaluza, aunque escriba en correctísimo castellano, sin ceceos ni seseos.

Y continúa:

> Hay en esta poesía una hondura, una gravedad de pronto que no borra la gracia juvenil, sino que la subraya más por el contraste.

Esta opinión gerardiana ante los primeros libros de Montesinos tiene todavía vigencia, pues el paso del tiempo y la madurez no han sido óbice para que el poeta mantenga su talante a lo largo de su trayectoria.

El sevillanismo de Rafael Montesinos ha sido igualmente muy bien visto por el crítico Juan de Dios Ruiz Copete, de quien nos complace transcribir un párrafo de su estudio *Rafael Montesinos, o la permanencia de un geografía:*

> Rafael Montesinos aprendió a sentir Sevilla —si es que eso se aprende— en los primeros veinte años de su vida, que son los más sinceros, tal vez los únicos sinceros y, desde luego, los que sirven para marcar la ulterior etapa de la existencia. Es decir, que cuando el poeta se traslada a Madrid definitivamente allá por el año cuarenta, se lleva ya el corazón tocado por el extraño duende de la razón vital de Sevilla, por la esencialidad de un pueblo a la vez patético y jocundo. Y allí el poeta, precisamente por eso, porque es poeta, sigue sabiéndose marcado de futuro por la sutileza de su tierra. Pero no cae, como otros, en la tentación de definirla —que ésa no es función de los poetas— sino de seguir sintiéndola. Sevilla está, por eso, continuamente en su nostalgia con el mismo grato picorcillo inevitable con que el primer pecado

habita en el recuerdo. Y porque eludió concretar lo que carece de concreción posible y porque pretendió antes que nada interpretarse a sí mismo —que ése sí es oficio de poetas— o soñando o jugueteando, en ocasiones dolorosamente, por el país de nácar *de sus recuerdos, con limpieza de niño travieso, con candidez* y algún que otro chispazo de ingenua perversidad a veces, y siempre sin trompetería, no cayó Montesinos en la lamentable misión del folklorista. En lo popular, en cambio, sí, siempre y cuando lo popular se admita, claro, como una categoría y siempre que este carácter no excluya cualquier otra estimación de su obra.

Y Antonio Burgos, que ahora critica inexplicablemente a los andaluces en la diáspora, en un artículo publicado en las páginas de huecograbado de *A B C* de Sevilla, allá por los años sesenta, afirmaba sobre Montesinos y su poesía:

> Obra de perfección, bajo cada verso de Montesinos estará latente una Sevilla idealizada por la lejanía y universalizada por la tristeza, que el poeta ha creado en la ausencia por medio del recuerdo, la soledad y la nostalgia. No ha sido un milagro. Ha sido, ni más ni menos, el prestigio de la ausencia. Y un cierto destino inevitable, que —con Cernuda— han hecho exclamar desde siempre a los poetas sevillanos que tuvieron que vivir lejos de su ciudad: *¿Quién te olvida, tierra nativa, más mía cuanto más lejana?*

A las anteriores, debemos añadir la opinión al respecto de Fernando Ortiz, aparecida en *Nueva Estafeta:*

> Nos hallamos ante un poeta que escribe desde una tradición —la andaluza— y que es esencialmente arcaico. La Arcadia: un mundo pasado donde no han surgido las contradiciones del mundo presente. Un lugar feliz, donde el sufrimiento y el mal se desconocen. Para Montesinos, La Arcadia es la Sevilla de su infancia o —*términos a veces equivalentes en su poesía*— su infancia en Sevilla. Aunque ambas cosas no sean en puridad una misma, Sevilla es el entorno cultural y humano que ha encarnado la infancia de Montesinos. Por eso ambos términos —la infancia, Sevilla— funcionan como sinónimos. Así pues, se trata de una Sevilla —como diría Antonio Machado— *fuera del mapa y del calendario.*

Muchas opiniones más podríamos acumular en torno a la sevillanía de Rafael Montesinos, de una sevillanía que aparece de vez en vez en sus versos y que atraviesa toda su obra. Una obra que ahora se reúne en el volumen *Poesía* (1944-1979), editado en la Colección Selecciones de Poesía Española, de la Editorial Plaza & Janés, de Barcelona, y que se complementa con la casi simultánea aparición de

Ultimo cuerpo de campanas, su último libro, como sexto suplemento de *Calle del Aire*, las ediciones que en Sevilla dirigen Fernando Ortiz y Abelardo Linares, con sumo cuidado y esmero tipográfico, y en esta ocasión enriquecida la entrega con dibujos inéditos de Jean Cocteau. Ante esta oportunidad, nos congratula, pues, repasar la poesía de Rafael Montesinos, una poesía que, como bien supo ver Ruiz Copete, está determinada desde sus inicios por el tiempo, la idea de Dios y la esencial espiritualidad del hombre, pero que también lleva implícita mucho de amor y de vivencia, o sea, de conciencia decantada.

En 1946, Rafael Montesinos publicó dos libros: *Balada del amor primero* y *Canciones perversas para una niña tonta*. Ya aparece en ellos la melancolía andaluza de Montesinos, y un fatalismo subyacente también, y, por contrapartida, una gracia lírica que combina el tono culto con el desparpajo popular, algo que valoramos altamente por lo que tiene de originalidad y de hallazgo, sobre todo en «Canción perversa de junio»:

Déjame dormir la siesta
contigo, amor, en tu cama;
contigo, aunque no la duerma.

Palabras te iré diciendo
que antes de salir de mí
resbalarán por tu cuerpo.

Las altas horas del sol,
con su silencio serán
cómplices de nuestro ardor.

Déjame dormir la siesta,
contigo, amor, en tu cama;
contigo, aunque no la duerma.

E igualmente cabe destacar, por su sentido de *lo jondo*, «Canción de amor»:

De tanto como te pienso,
tú eres ya toda mi alma
y yo soy sólo mi cuerpo.

(Ay, amor, amor, amor.)

Me estoy muriendo y no tengo
un sitio en tu corazón
adonde caerme muerto.

Estas soleares pueden ser cantadas, podrían haber sido dichas al compás de la guitarra, por el mismísimo Manolo Caracol, el cantaor en plenitud por aquel entonces. En definitiva, el poeta Rafael Monte-

sinos ya estaba perfilado en estos poemarios. Todo lo que después se acrecienta en su poesía está sembrado en ellos.

Seguidamente, el año 1946, Montesinos publica *El libro de las cosas perdidas*, hace en sus páginas un despliegue en lo formal verdaderamente lujoso, con un magistral dominio de la métrica, para darnos esa *cosmovisión* de su Arcadia, que tanto le motiva, y que fundamenta lo que venimos llamando su sevillanía infusa, bajo la égida de la sentencia machadiana: «Se canta lo que se pierde». Mas Rafael Montesinos no ha perdido nada, todo lo lleva consigo, en su verso:

la pereza antigua de andaluz olvidado
.....
el corazón que os traje de mi ciudad herido
.....
un sueño adolescente
.....
Sevilla, ayer; y ahora entre los ángeles
.....
¡Campanas de Santa Clara!
.....
la ilusión primera

etcétera. El poeta se debate consigo mismo y promueve una búsqueda de afirmación que tal vez no consiga en todo su propósito, pero que sin duda le proporciona un asomo al camino a seguir posteriormente.

Dos años después, en 1948, edita la Colección Adonais *Las incredulidades*, donde el poeta Montesinos, hondamente religioso, se somete a una larga serie de porqués, interrogándose mismamente sobre lo divino y lo humano:

Si yo un eterno amor perdí,
¿qué cosas pueden ser eternas?

En este libro que se inicia preguntándose extrañado e incrédulo:

Parece mentira, ¿Yo
por las calles de Sevilla?
¿Yo?
¿Seré de verdad, Dios mío,
o soy lo que ya pasó?

y que termina confirmando su para siempre sevillanía ingénita,

Ay ciudad de mi infancia,
si algo me queda
búscalo junto al aire
de tus palmeras.

Tú, la más andaluza:
tú, la más mía,
llévame de mi pena
a tu alegría.

Llámame y no me cites
cerca del río,
mira que yo lo tengo
todo perdido.

Rafael Montesinos inserta su «Romancillo de la Esperanza de Triana», composición que se nos antoja la de mayor sabor popular de cuantas ha escrito, el poema más fino de los muchos que específicamente han sido motivados en tantos poetas por la Semana Santa, algo tan sevillanísimo y entrañable, que al dirigir quien estas líneas escribe la grabación del disco *Coplas de Feria y Romería* (CBS), se me ocurrió su inclusión, encargándole a Manolo Sanlúcar que lo musicara con su guitarra, para que lo cantaran —y así lo hicieron— Pepi Benítez, Fernando Gálvez y Romerito de Jerez, resultando de una gran belleza y donosura flamenca. *Las incredulidades* es, pues, un libro con grandes aciertos, donde el intimismo brota de la contemplación y se torna apretadamente reflexivo, verbigracia,

Sé que la vida es amarga,
por la parte que me toca.

Solamente diez poemas forman el *Cuaderno de las últimas nostalgias*, aparecido en 1954. Rafael Montesinos los ofreció precedidos de la siguiente introducción, que transcribimos íntegra, por considerarla en cierto sentido aclaratoria de su actitud poética y de su actitud humana:

> Los poemas recogidos en este *Cuaderno*, últimos poemas nostálgicos —¡Dios lo quiera!— de mi obra, fueron escritos en tres años tristes, en momentos de abandono, de desconsuelo y de hondas desilusiones; años de transición a la esperanza, que, aún no definida del todo, se vislumbra en esa larga elegía final donde el diálogo es un pretexto para que el poeta discuta consigo mismo, se anime y desanime. Son poemas escritos antes de enfrentarme con esa nostalgia del porvenir, alegre y esperanzadora, que cuando llega a nosotros no es precisamente para derrumbarnos. No es de extrañar que mi labor poética de tres años seleccione un tan corto número de poemas, pues —contra la vulgar creencia falsamente romántica— cuando la vida anda mal y desganada no marcha muy bien la poesía. Estos poemas póstumos de mi nostalgia son como una continuación o apéndice de mis libros anteriores. Aquí subsisten aún los temas de *El libro de las cosas perdidas* y *Las incredulidades;* al menos, los tres principales: la

infancia, la tierra nativa y el amor, que en este *Cuaderno* aparece todavía como un recuerdo, como un lamento, y no como una gozosa realidad ilusionada. Por eso cuando el editor de mis primeras poesías completas, libro aún por publicar, me pidió que reuniese en un solo volumen mis tres títulos anteriores, yo —en el original que entregué— agregué a dichos libros estos poemas, por encontrarlos más identificados con el espíritu elegíaco de mis cosas perdidas que con el aire alentador de mi obra última. Y así, los separé de mis otros poemas más recientes, agrupándolos bajo el título común de *Ultimas nostalgias* con el que ahora aparecen.

De acuerdo en parte, porque la nostalgia del ayer seguirá recorriendo la poesía de Montesinos, como ya se verá.

Hay que señalar que lo más significativo de esta muestra de Montesinos, del *Cuaderno*, es la «Elegía a Doña Carmen Escobar Padilla», donde se produce ese diálogo que en la introducción indica su autor, porque denota nuevos rumbos en su poesía, dado que el verso se adensa y se conjura grave, emprende un refilón narrativo, se hace de algún modo más descriptivo y explícito.

En 1955, Rafael Montesinos vuelve a publicar, llevado a lo mejor por la razón que define con uno de sus más determinantes endecasílabos:

La vida es pobre, pero Dios la ampara.

Y debemos reconocer que encontramos en este libro, titulado *País de la esperanza*, piezas claves en la obra del poeta sevillano, como la elegía «A un amigo», emocionante y original, poema digno de la mejor antología de la poesía española contemporánea:

Ramón Camblor, amigo; la palabra más bella
te doy: amigo. ¿Miras solitario tu mar?
Violento partidario del pobre y de la estrella,
¿guardas la misma forma de pensar?

¿Recuerdas que decíamos «El mundo está mal hecho»,
tú desde la violencia, yo desde el alma triste?
Con tu bomba de mano y el dolor de mi pecho,
¿no hemos soñado un mundo que no existe?

De allá, de San Lorenzo, vendrán las brisas leves
buscando la montaña de Santa Catalina.
Y tú estarás en medio, corazón que te atreves
a gritar tu verdad en cada esquina.

Y te irás por las olas de tu Gijón nativo
con alguien que remando se gana su dinero.
Y volverás más solo, amargo y pensativo.
Y dirás las tristezas del barquero.

Llueve sobre Madrid. La tarde muere ahora.
Ramón, estoy pensando que nada nos separa.
Esa mujer que pide y ese niño que llora
buscan mi corazón que les ampara.

¿Y qué voy a contarte que no sepas de mí?
Anduvo triste un tiempo mi alma enamorada,
algo he sacado en limpio: llegué, besé y perdí.
Pasa la vida y no me pasa nada.

En mi amistad te quedas con mis sueños diversos,
mientras los otros —¡déjalos!— por su miseria luchan
Con tus libros de química y mis libros de versos,
nuestras almas mirándose se escuchan.

Todos aquí aguardamos a que regreses. Mira
a tu cielo nativo, espera en Dios, no temas
a la vida; no es mala, después de todo. Mira,
mira cómo me nacen los poemas.

Y junto a este singular poema, la concreción sentenciadora de la copla definidora y definitiva:

Soledad de ir viviendo
mi soledad con los otros
es la soledad que tengo.

Versos tan ligados, que no sabemos, que no podemos, deslindar de ellos la filosofía del ritmo; por eso el cantaor Fosforito, y tantos otros, cantan estos versos soleaeros de Montesinos, versos tan rotundos como andalucísimos:

Que nadie se llame a engaño.
Todo el que vive por dentro,
por dentro se va matando.

Vale esta copla por sí sola para salvar una voz poética «por los siglos de los siglos tantos». Pero en este *País de la espearnza,* donde Montesinos dilucida su soledad, es decir, descifra de abierta manera su entidad poética, no hay que olvidar una parte capital, los «Poemas a Marisa», los versos encendidos y entrañables a la Amada, a la providencial mujer que siempre existe detrás, al lado, junto al costillar de todo poeta verdadero; una Amada o niña para eterna compañera, a la que llega a decirle, a cantarle un amor sin límites de tierra o de cielo:

Más allá de mí mismo he de quererte,
más allá de mi nombre y de mi olvido.

Tres años más tarde, 1958: *El tiempo en nuestros brazos.* Se trata de un poemario variopinto, que va desde lo amoroso a lo elegíaco, pa-

sando por poemas de marcada índole religiosa, persistiendo en la evocación de la infancia, en la sevillanía irreprimible y en la cavilación en torno a la soledad. En el corazón del libro, hallamos los versos que quizá puedan definir, mejor que toda teoría, la almendra de la poesía de Rafael Montesinos. Seis octasílabos que responden al título «Soleares a solas»:

Será preciso morir
para despertar del sueño
que estamos soñando aquí.

Razonando estoy la muerte.
Por más vueltas que le doy,
no consigo convencerme.

Y llegamos a *La verdad y otras dudas*, de 1967. Ya el título es un hallazgo. Ha pasado el tiempo y el poeta reaparece enriquecido de inquietudes nuevas, ¿nuevas?, al menos configuradas desde distinta perspectiva, pues Montesinos agudiza su sentido de lo social y lo injerta en el paisaje andaluz. De este libro ha escrito ese penetrante crítico que es el poeta Enrique Molina Campos:

> En 1967, cuando las nuevas promociones de poetas irrumpen pidiendo la palabra y desentendiéndose de la paz, arrojando —no contra la injusticia, sino al fondo del desván— el *arma cargada de futuro*, Rafael Montesinos publica *La verdad y otras dudas*, poemario escrito a lo largo de ocho años de tristeza y rabia por la indigencia y el desamparo de los braceros andaluces, de los *misérrimos inmigrados del Pozo del Tío Raimundo. Poesía social*, para entendernos. ¿Sin más? Habrá quien piense que sin más. Yo saludo en este libro la libre cordialidad, nada doctrinaria, de un sentimiento que, brotado de sólidas convicciones, es tan *natural* que corre cantando, despojado de túnicas tribucias y también de camisas *coloradas falsamente* —que diría Fray Luis de León—. La denuncia canta y el testimonio pone la música y las palmas.

Suscribimos en toda su extensión e intención la tesis de Molina Campos sobre este poemario de Rafael Montesinos. Y no nos resistimos a copiar unos versos capitales, posiblemente clarificadores de su sentido sustancial, espiritual y humano, social por ello, de la poesía:

Yo canto lo que me pasa,
que muy bien puede pasar
al que por mi lado pasa.

El poeta corre aquí el riesgo de lo prosaico, pero lo salva gracias a la fuerza intrínseca de su declaración de principios, ese sentir homogéneo, esa idea compartidora de lo colectivo, en verídica hermandad testimonial.

Para Fernando Ortiz, uno de los exegetas del poeta, el *Cancionerillo de tipo tradicional*, 1971, «es un ejercicio ligero y arcaizante, resuelto con impecable técnica y con notable sentido del humor». Sí, pero a pesar de su carácter de homenaje a una de las fuentes de su poesía, se nos antoja a nosotros un poemario personalísimo, donde se agudizan giros y maneras de su estilo al comprimirse, principalmente en los versos más cortos, volviendo a veces a la gracia inusitada, sevillanísima, de su «Canción perversa de junio», por ejemplo:

Quien te besara
niña, en verano,
sobre la yerba,
bajo los álamos.

La antología *Poesía* (1944-1979), termina con cinco poemas inéditos, pertenecientes al libro *Último cuerpo de campanas*, recentísimamente publicado. Un libro que Rafael Montesinos define en su frontal, bajo la justificación de «lugar de dedicatoria»:

Tú, mi libro más triste,
amarillentos folios de estos años,
diseminadas páginas, anónimo
dolor, secreta dicha, esperanzada
palabra, ora pro nobis, letanía
letal, estatua entre la niebla, míra-
me aquí, recomponiéndote, ordenando
con amor estas páginas perdidas,
numerando mis viejos desencantos,
hoja tras hoja, otoño derrumbado
por el dorado suelo de noviembre,
tú, mi libro más triste, ¿quién dedica
viejos olvidos, dime?

Indiscutiblemente, es un poemario interferido de escepticismo, donde el poeta llega a dudar incluso de la valía de la memoria, del aliento vital del recuerdo:

...Sueña
con el frágil cristal que fue tu vida,
si es que hay sueños después de este convite.

Mustia alegría hacia el futuro, engaños,
esto que ves ahora.

¿Desencanto? ¿Sobrepujamiento de la melancolía? ¿Asalto paulatino al fatalismo?:

nadie sube de nuevo hacia su olvido.

¿Es posible tanta respuesta?:

Siempre dudando, y no sé
si no seré la primera
mentira que olvidaré.

Este libro requinta la trayectoria lírica de Montesinos, repella todos los matices y lubrifica sus enroscamientos, quizá porque a la sensibilidad ingénita se le une, crecida, la yedra de la experiencia. Y esto se hace clarividencia, calidoscopio del sino:

Vida, muerte, luz, infancia,
tu cuerpo claro de mar.
(Con paletadas de sombra,
todo me lo quitarán.)

Y a la par del fatalismo, la perenne sevillanía, ahora susurrada, estremecida, depurada en su esencia, más decantada y sangre que nunca:

Hace ya muchos años que falto de mi infancia:
la sola patria que conozco.
Es su color el verdiblanco de la esperanza;
su himno, las palmeras.
Forzado fue el destierro, sincera la palabra
(lo único que sostengo entre las manos).
¿Cómo tener más tierra que la perdida? Nunca
olvidará la carne su despertar. Ni el alma.

Decidme. ¿Qué habéis hecho de todo lo que un día
dejé a vuestro cuidado tristemente?
Responderéis de todo lo traicionado y roto
a la ciudad más bella que soñaran los dioses
(y lloro —puro bronce— junto al río
por la ciudad futura de los dioses,
por la gloria, el olvido y los escombros).

Esta cuarta y última parte del poema «Campo de jaramagos» —*(De la ira y la tristeza)*— muestra ya de forma consumadora, ¿miltonianamente?, la asunción total de un paraíso gozado y padecido: Sevilla o el alma.

Finalmente, no podemos dejar de decir algo que creemos firmemente cierto: Rafael Montesinos, por su fidelidad a sí mismo, por su continua vigencia, por la progresiva consumación de sus motivaciones líricas, es un poeta en crecimiento y original entre los de su generación por su voz pensativa y grácil. Un poeta que resalta en el tiempo, en su tiempo, hacia el mañana. ¿Qué maquiavelismo es capaz de negarle en vida el rendibú de su tierra? ¿Quién osa dudar de su sevillanía?—*MANUEL RIOS RUIZ (Calle de La Hacienda de los Pavones, 66, 3.º A. Barrio de Moratalaz. Madrid-30).*